

cia infinita, la absoluta subjetividad y la franqueza le han deparado con justicia un numeroso público.

Vivisecciona lobos, mandriles, gallinazos y lagartos de todos los sexos, fuera de piscos y gallinas y demás sapos y culebras que más corrientemente salen por las bocas compatriotas. Vale decir, con ponzoña de víbora enciclopédica que hace de ésta una lectura tan entretenida como esclarecedora. No olvidemos que cuando en el país se menciona una bestia, es porque se espera escuchar el disparo de inmediato. Antonio Montaña se aparece con el cuero de ñapa.

Merece citarse su desdén clarividente, el elemento más constante en este libro:

“El *snob* es capaz de gastar una fortuna en piezas precolombinas que su ‘guaquero de confianza’ fabricó hace una semana, y afirmar con aire de conocedor impecable que las de su vecino son falsificadas. El logo, a quien el barro le parece poca cosa, preferirá adornar su casa con las reproducciones en cobre de los diseños precolombinos. Al fin y al cabo el metal bruñido es mucho más elegante” (pág. 13).

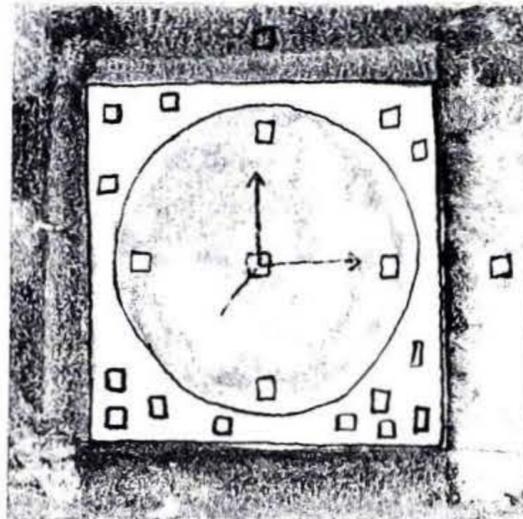
Pero no todo es displicencia. Tal es el caso del mandril, por quien el autor deja entrever alguna simpatía, dispar pero en el fondo honesta. La etología de este ser que a fuerza de calentanismo, autenticidad y desmesura ya ni levanta ampollas, constituye quizás el más logrado capítulo del libro.

También hay ascos y bravatas que afortunadamente no disfrazan del todo al personaje detestado. Así, el rey de los lagartos, que asciende a las cimas del poder, “habla gangosamente y va soltando las palabras con pausas que hacen semejar su alocución a la cadencia con la que un camello produce en marcha la boñiga” (pág. 104).

Y hay historia, para la cual ostenta el autor una capacidad de síntesis realmente ejemplar:

“En un país que tuvo vocación de mico, es decir, de mimador y entonces podríamos decir que también de lobo, el mandril apareció en las zonas rurales. Los lagartos se volvieron hombres de las leyes. Los lobos defensores de la opción democrática y los

mandriles guardianes de ambas cosas. No para imitar ni para ganar, sino para ser, simplemente. Boves fue, y así lo llamaban, zambo y por lo tanto lobo. Maza y Urdaneta, mandriles. Santander, lagarto. Si alguien quisiera seguir el tránsito de esta fauna hacia el poder, se encontraría con algo que no causa a nadie sorpresa: el mandril se volvió gorila. El lagarto, poder. Y los lobos, la ‘vocación democrática’ de los países fraudulentos’ (págs. 68-69).



Sólo por no seguir citando habría que pasar a señalar dos estorbosos desentonos de este libro. El primero sería el del capítulo sobre las culebras, que cae en el romo alegato econo-sociológico, tal vez porque éstas no forman propiamente parte de nuestra fauna social y son más bien un mal o una costumbre universales. El segundo sería el del capítulo sobre los pájaros, que por tocar episodios de sangre (como si al de los mandriles le faltara hemoglobina) olvida la inclemencia del humor y, dando el brazo a torcer, pasa a la denuncia abierta. Busca ser *serio*, acaso con mover, en medio de la farsa; pero mejor habría reposado en el volumen original, *La violencia en Colombia*, de donde fue tomado, según cita Montaña, textualmente.

Es curioso —mejor decir curioso que significativo— este desliz de querer darle “peso” a una obra cuya virtud más destacada es la volatilidad. Hay que esperar que esta concesión a los tiempos aciagos no sea un indicio de que se está gestando un nuevo “compromiso” de nuestra literatura, en este caso el letal compromiso de dudar de sí misma.

CARLOS JOSÉ RESTREPO

Apologética

Bolívar: el Libertador

Gillette Saurat

Traducción de Gonzalo Mallarino, La Oveja Negra, Bogotá, 1987, 617 págs.

Otra vez, una vez más, la bibliografía bolivariana se ve aumentada en un volumen que busca, ante todo, la *admiratio* y que abandona el decoro de un mínimo de distancia crítica. Ya bien pasado el bicentenario del Libertador, y por tanto el cúmulo de homenajes de rigor, uno no ve bien cuál es el propósito específico de cansar la oferta biográfica que sobre Bolívar existe con una obra que —pese a su formidable extensión— no contribuye con nada nuevo, sorprendente o revelador sobre la vida y trabajos del creador de estas repúblicas. No se sugiere aquí que sea inútil escribir sobre nuestro más egregio ciudadano. Al contrario, es vital replantear el pasado. La comprensión de la vida y obra de Bolívar, por tanto, como las de todo nuestro panteón, se resienten por tratamientos como el que infunde la obra de Saurat. El elogio acrítico, la pretensión de hacer que el héroe destile lo sublime en cada uno de sus actos, altos y bajos; el querer constituir una imagen sobrehumana del héroe, son procedimientos contraproducentes que nos alejan más de la figura retratada en vez de acercarnos a ella. Afirmaciones como “agradecido, como todas las almas generosas, Simón Bolívar no perderá nunca la ocasión de manifestar su gratitud a aquellos con quienes se siente reconocido” (pág. 22) perjudican la imagen del biografiado, y no puede dejar de ser así. Decir que “su inteligencia, su cultura, pero sobre todo su elegancia, la distinción de sus modales que le venía del hábito del mundo y la vida cortesana, señalaban especialmente a Simón Bolívar para cumplir [. . .] una misión delicada . . . ” (pág. 115) es abstraer puntos a la imagen de Bolívar que se quiere evocar.

La concepción biográfica que Saurat despliega en estas páginas, su

